

Con Santa Teresa de Jesús

por Carmen Conde (1)

No solamente concurre a Santa Teresa todo lo que se ha dicho y ansiado hacer antes de ella, sino que "desde ella" cuanto respire misticismo a lo divino y a lo humano la tiene como punto de partida indiscutible. No existió, ni ha existido hasta hoy, criatura que, como Teresa de Avila, reuna —en sublime orquestación— pasión y acción, meditación y análisis, impulso sentimental y finura matizante, comprensión y caridad, dicha y ardiente propagación de su espíritu.

De su casa, al convento, y de éste a unos pueblecillos abulenses que jamás brillaron en ninguna geografía de la cultura. Muere, teniendo ella catorce años, su madre en Gotarrendura (1528); sale enferma del convento en donde se educa y la llevan a Becedas —cerca de Castellanos de la Cañada— para que la trate una curandera, que por poco la mata; vive luego en Castellanos de la Cañada con su hermana María y el marido de ésta, don Martín de Guzmán y Barrientos, más su recién nacido hijito Juan; va a Hortigosa con su tío, don Pedro Sánchez de Cepeda, el de los buenos libros, y comparte con él sus lecturas.

Hasta 1543, en que su padre muere, Teresa vive un tanto "enajenada"; pero en esta dolorosa circunstancia se produce el encuentro con el padre Vicente Barrón, que la confiesa y "receta" la vuelta a la oración un poco abandonada... En 1553 se opera el choque decisivo, y es en tal

(1) De la Real Academia Española de la Lengua.

año cuando el padre Silverio de Santa Teresa sitúa su "reconversión". Entre Dios y el mundo se agitaba la hermosa alma ardiente. San Francisco de Borja llegó a Avila en 1554, viniendo de Tordesillas de ver a doña Juana la Loca.

Desde que se pone en marcha el volcán teresiano, no existe cosa del alma que no provenga de ella. Pues si el misticismo —como acaba de afirmar un joven y talentado doctor— nos llega del sufismo árabe a través de Raimundo Lulio ocurre que alcanza su universal resplandor humano, su llamemos exclaustración de las universidades, cuando llega a Teresa de Jesús e irradia de ella como de una antorcha que nadie apagará jamás.

No voy a decir todo lo que Teresa nos ha dado y nos dará, pero sí señalar algo que nos interesa: su influencia en la poesía —y no sólo de San Juan de la Cruz— con clave mística: en la poesía contemporánea, incluso, y, sobre todo, en la poesía escrita por mujeres. Después de haber escrito muchísimos folios acerca de las escritoras religiosas que precedieron, siguieron o contemporizaron con Santa Teresa, me he propuesto estudiar a las poetisas actuales que, muchas sin quererlo quizá, tienen ecos teresianos. Quizá los poetas no se dan cuenta tan íntegramente como los filósofos y los psicólogos, que al escribir denunciando sus inquietudes siguen misteriosamente una ley que les obliga a hablar en voz alta: por los que no saben hablar y por los que ellos sienten.

El enorme caos en que nos movemos va cobrando una serie de formas según la palabra poética construye sus argumentos. Si, al parecer, no ha nacido Cristo aún para algunos poetas y sigue naciendo en Belén, es cosa que no entra conscientemente en el juego dramático de su rebeldía ante las injusticias y los desafueros sociales. La verdad es que Cristo está en él, o en ella, por el solo hecho de enarbolar el látigo contra los que profanan el templo, en este caso el máspreciado para Dios: el hombre, su criatura predilecta.

Verdad es que la "nueva poesía" no ha logrado todavía su lenguaje adecuado al presente: en ello difiere de Santa Teresa, que supo crear su propio lenguaje. La palabra poética no es la medida del hombre actual, ni por lo que se refiere a Dios ni a las cosas que nos rodean. Crisis muy grande es la del verbo poético en relación con sus objetivos presentes. El misticismo hubo de luchar durísimamente para lograrse "traducido" en palabras "aproximativas"; constituyendo un mundo revelante exigía voces que lo hiciesen inteligible.

El mundo actual, con "mística" pavorosa de las ciencias reinando aplastante, carece todavía en su poesía de equivalencia verbal absoluta. Fue siempre en vanguardia la palabra, y ahora se nos queda rezagada, desconsoladoramente.

Húndese la voz del poeta en las aguas tremendas de la indagación; como para unos deslumbramientos nuevos y apenas conocidos, carece de "aproximaciones verbales", usa las que posee; y sufre y se retuerce en ellas

sabiéndolas inútiles. También el dolor que en los otros hombres constata obedece a heridas distintas causadas por armas recientes y no bien sabidas...

El que sí es inmutable es Cristo, el de Teresa de Avila, el de todos los místicos, y siempre. La Divinidad que "ve" cómo pasa aquí todo, sucediéndose, es inmutable. La exasperación del desequilibrio espiritual —la ciencia derrocó el non plus ultra— retuerce el fluido y viejo caño del manantial. No alimentamos la conformidad ni la resignación, ni la manse-dumbre, doctrinas cristianas; por eso imprecamos en la poesía, y no obstante...

No obstante, latiendo en cada imprecación está el dolor del hijo desamparado, extraviado, clamando por que le recoja y vuelva al hogar primitivo Quien puede hacerlo. La mística se "refleja" en el hombre por el que Cristo se dejó matar. El hombre "este", el que vemos y oímos juntos a nosotros, es el mismo por cuya salvación El quiso la cruz. Por cuya razón nos empeñamos en gritar sus dolores a fin de que de nuevo acuda a Dios y le salbe, para Sí y para nosotros. Tanto hemos sufrido, tan padecidos estamos, tan indefensos espiritualmente ante la inteligencia pura, que no sabemos cómo hablar para que se nos oiga.

El grito, el alarido, el aullido social tiene, contiene hoy, el arrebato y el éxtasis de antaño. También Jesús apartó su atención de cuanto no constituyera la salvación del hombre; si su palabra conservó la frescura y la pureza, la perfección, es porque pertenecía a Dios, era del mismo Dios. Si los místicos, si Santa Teresa, con su fragua infatigable de amor al rojo vivo, obtuvieron la palabra exacta que "aclarara" lo inexplicable, es porque el Espíritu Santo les inspiraba el habla.

Más, hoy se nos "desmandó" la ciencia, se nos alzó la inteligencia pura sobre todos los silencios, señoreándolos. Ve a su zaga el lenguaje, cosa que jamás le ocurriera, y el instrumento es débil y confusa su actividad en poder del hombre, en guerra atroz con su presente. Siente compasión de los otros y de sí mismo. ¿A quién sino a Dios, se dirige al gritar feroz? Lo que tendríamos que poner en claro es por qué ahora —y culpa de qué o de quién—, en vez de orar sumiso, con dulces lágrimas en los ojos, grita y solloza desesperado mientras un llanto de sangre le abrasa los párpados.

Como síntesis perfecta de lo que quisiéramos decir, el máximo ofrecimiento: leed, ahora, a Teresa de Jesús. En su VIDA, en sus RELACIONES, en la historia viva de sus FUNDACIONES, en sus cartas... Ocurre con su lectura lo que con muchas cosas que canta el pueblo y son poemas de un gran poeta y música de un compositor inmortal, asimilándolo ya como propio; y con músicas y poemas que el poeta y el compositor recogen como si ellos fueran sus inventores. Trasvasación, asimilación de las eternas calidades del alma, de la facultad creadora del alma. Una corriente

tremenda inmersa en millones de cauces diminutos que abocarán, al fin, al mar.

Las poetisas (perdónenme las que no gustan de ser así llamadas), actuales, contienen influjos místicos en su obra. Influencia de Teresa la hayan o no leído. Porque ella va en nosotras las que escribimos, como el agua en los ríos y el cielo en la mar y el viento en el espacio.